

SAN JULIÁN, OBISPO DE CUENCA

Día 28 de enero

P. Juan Croisset, S.J.

San Julián, obispo y patrón de Cuenca, nació en Burgos el año 1128. Contaban sus piadosos padres muchos años de casados sin el consuelo de la sucesión, ni esperanza de tenerla; acudieron al Cielo con fervorosas oraciones, y fueron atendidos sus deseos. El mismo día que le bautizaron se oyó en el aire una, suavísima música de los ángeles que cantaban este motete: *Hoy ha nacido un niño que en gracia no tiene par;* y, al mismo tiempo que le estaban bautizando, se dejó ver sobre la pila un ángel en figura de un niño hermoso y corpulento que decía: *Julián se ha de llamar.*

Prevenido con mucha anticipación de la divina gracia, y cuando apenas asomaba en su entendimiento el uso de la razón, ya era muy conocida en su inocente alma el ejercicio de la virtud.

Aún no sabía pecar, y ya sabía ayunar, haciéndolo tres días cada semana, con tanto rigor como si castigara desórdenes de la gula el que apenas había aprendido á comer. Todos sus juegos se reducían á rezar con tierna devoción las oraciones que tenía señaladas para cada día. Hizo rápidos progresos en latinidad y humanidades, sobre todo en sagrada teología, que cursó en la universidad de Palencia, donde se graduó de doctor en dicha facultad, que después enseñó con tanto crédito de su ciencia como concepto de su elevada virtud. Murieron sus padres á esta sazón, dejándole heredero de un honrado patrimonio: inútiles fueron los consejos de sus

amigos para que abrazase el estado de los que le dieron el ser, porque se estrellaron en la virginal pureza, que había resuelto conservar intacta.

Con este propósito mandó construir una humilde casita, pared por medio del convento de San Agustín, y lindando por la parte opuesta con la ermita que sirvió de habitación á Santo Domingo de Silos, y se retiró á ella para seguir un plan de vida ascética, como la de los anacoretas de la Tebaida, dedicándose á actos de penitencia, á la oración y al estudio. Como le asediasen parientes y amigos á que dejara esa vida y sé casara, para quitar de raíz la causa de tantas importunidades, resolvió ser sacerdote, y para prepararse á recibir las Ordenes dejó su casita y se retiró al convento de San Agustín, haciendo vida común con los religiosos. Ordenado de presbítero por D. Víctor, obispo de Burgos, celebró su primera Misa en el altar del *Santo Cristo de Burgos*, como generalmente es llamado. Celebraba el santo sacrificio de la Misa con tanto recogimiento y compostura, que edificaba á los asistentes, derramando durante tan elevado acto copiosas y abundantes lágrimas de ternura. De la Misa pasaba á la oración, y de ésta á la lectura de los sagrados libros, siendo nuestro Santo de parecer que el sacerdote es un mediador entre Dios y el pueblo, y nunca entre el pueblo, el interés, la ambición ó la codicia.

Luego que se halló suficientemente instruido, empezó á predicar en los pueblos inmediatos á Burgos, y, obligado por las instancias de los vecinos de esta ciudad á que les predicara también á ellos, lo hizo con resultado tan maravilloso, que eran estrechos los templos para contener el concurso de oyentes que acudían á sus sermones, y su elocuencia y dulzura obtuvieron numerosas conversiones. Su fama voló por todas las provincias de España. Ansiosa la santa iglesia

de Toledo de aumentar su esplendor con aquella brillante antorcha, solicitó y alcanzó para nuestro Santo la dignidad de arcediano de la referida iglesia, que aceptó á fuerza de ruegos, y casi por mandato del rey de León, Fernando II, que se hallaba en Toledo. Humilde en su traje, y viviendo también pobre en su nuevo cargo; incansable en la predicación y ardiente en la caridad, fue *el ojo y la mano derecha del obispo*; de Burgos había venido acompañado de su único paje Lesmes, sin más equipaje que la ropa puesta, el breviario y un báculo; é hizo el viaje á pie, teniendo cerca de cuarenta años.

Reconquistada á los moros la ciudad de Cuenca en 1177, el rey Alfonso IX, de León, nombró obispo de aquella diócesis á D. Juan Yáñez; el arcediano San Julián, que había acompañado al rey en la conquista de Cuenca, se quedó en esta ciudad, donde permaneció seis años para ayudar á establecer casi de nuevo la religión cristiana. Pasó luego á Toledo, y, muerto en 1195 el obispo D. Juan Yáñez, el rey D. Alonso obligó á San Julián á aceptar la silla episcopal de Cuenca.

Tal fue su modestia siendo obispo, que no aumentó el personal en su palacio. Lesmes era su único paje, criado, mayordomo, limosnero, secretario y capellán. Entró á pie en la ciudad de Cuenca, sin admitir otro recibimiento que las ansias de los pobres, las esperanzas de los huérfanos y los suspiros de los necesitados. Todas las rentas las dedicó al sustento de los pobres, á la redención de cautivos, á satisfacer deudas de los encarcelados, á dar estado á huérfanas; desamparadas y á dotar hospitales, cuya memoria subsiste hoy en aquella ciudad, donde parece que dejó la caridad como en herencia. Mientras tanto, el obispo y su capellán, á imitación de San Pablo, se sustentaban con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas que vendían para alimentarse, y les sobraba mucho del producto, que se

agregaba á la gruesa de los pobres, porque, para ayunar los dos, necesitaban poco dinero. Era mucho el despacho de estas cestillas, porque en cada una de ellas llevaban los compradores un seguro depósito de milagros como se experimentó en una furiosa pestilencia que afligió en tiempo del santo obispo á la ciudad, en la cual ningún enfermo las tocó que no hubiese encontrado en ellas la salud; prodigio que, aun después de muerto el Santo, se experimentó por largo tiempo en muchas enfermedades, supliendo las cestillas de San Julián lo que faltaba á la ciencia de los médicos ó á la eficacia de las medicinas.

Estaba aún muy reciente en la diócesis de Cuenca la memoria de los infieles que la habían tiranizado, para que todavía no se conservasen muchas señales que el trato con los moros había grabado en las costumbres de los cristianos, y para borrarlas del todo visitaba Julián cada año su obispado, y era cada visita una visible transformación de los pueblos. Persuadido de que con buen clero se conseguiría en breve la reforma de costumbres, se dedicó con interés á la formación de buenos sacerdotes, consiguiendo en breve tiempo que el clero de la diócesis de Cuenca fuese como vivo ejemplar para todo el de España; y para conservar en la suya los frutos de la reforma, ponía el mayor cuidado en no conferir Ordenes á sujeto alguno cuyas rectas costumbres no legitimasen la pureza de la vocación.

Además de las exhortaciones públicas que hacía en tiempo de la visita, cuando se retiraba á la catedral predicaba todas las semanas á los muchos infieles que había aún dentro de ella, y para que se extendiese el mismo beneficio á los muchos más que estaban esparcidos en todo el obispado, iba de pueblo en pueblo ejercitando el propio ministerio, con lo que hacía innumerables conquistas para Jesucristo, desterrando el Alcorán, introduciendo el Evangelio; y al mismo tiempo

que alumbraba la ceguera de los moros con las luces de la fe, movía la dureza de los cristianos á la reforma de la vida.

Pero ninguna cosa le ganó más los corazones de todas sus ovejas que las entrañas de misericordia con que se deshacía en beneficio de ellas el liberalísimo pastor. Esta inagotable caridad, que fue su verdadero carácter, le mereció innumerables favores del Cielo, confirmados con mil prodigios, cuyo relato por sí solo formaría un volumen. Uno de ellos fue el siguiente: hallándose un día San Julián sirviendo con sus propias manos á los pobres, reparó en un hombre que por su aspecto parecía persona distinguida, si bien por sus vestidos mostraba ser el más necesitado. Se acercó el Santo al misterioso mendigo y le preguntó su nombre y cualidades, á lo que el desconocido, después de mirar á San Julián con gran enternecimiento, contestó estas palabras: Gracias te doy, Julián, por lo bien que tratas á mis pobres, y puedes estar seguro, amigo mío, de que tendrás tu recompensa. Dicho esto desapareció el pobre, dejando á todos persuadidos de que este pobre no era otro que Nuestro Señor Jesucristo.

Este favor del Cielo enardeció más la caridad de Julián, que dio orden á su fiel limosnero para que socorriera con el trigo que había en la panera de palacio á muchos labradores que no podían sembrar por carecer de esta semilla á causa de malas cosechas. Abrió la panera el fiel Lesmes y distribuyó el trigo hasta dejar limpia la panera. No cesando de llegar nuevos labradores en busca de trigo, acudió Lesmes al santo obispo para manifestarle que no podía satisfacer las nuevas peticiones. San Julián mandó entonces á Lesmes que volviera á la panera y viera bien si en realidad se había agotado el trigo, y, mientras su capellán iba á cumplir su encargo, se puso á orar fervorosamente,

pidiendo á Dios que no abandonase á su pueblo en aquellas aflictivas circunstancias. Llegó Lesmes á la panera, y fue grande su sorpresa al hallarla atestada de trigo, no obstante de estar seguro de haberla dejado vacía. El milagro no pudo ser más evidente, y fue más extraordinario al ver el fiel capellán llegar en dirección á la panera una larga reata cargada de trigo, sin que persona alguna la condujera. La noticia de este prodigio se extendió tanto, que acudieron tal número de labradores á remediar su necesidad, que su limosnero estuvo á pique de sucumbir á la fatiga de tan santa tarea.

Tales y tan señaladas victorias conseguidas sobre el enemigo de las almas, no podían menos de concitar contra San Julián el odio de las furias infernales. Así sucedió; pues á cada triunfo que obtenía le hacía Satanás una serie de tentaciones para que se derrumbara aquella firme columna de la fe, que tantas almas conducía al Cielo. Primeramente, quiso apoderarse de él por el pecado de la gula, poniéndole ante la vista manjares exquisitos en los días de mayor abstinencia. Otras veces, cuando mayor era la penuria en que le ponían sus larguezas, mandaba emisarios para que procurasen deslumbrarle con la vista del oro, ofreciéndole grandes sumas para hacer nacer en su alma el espíritu de la codicia. Y, por último, viendo que por esos medios no lograba vencer su heroica virtud, acudía á las tentaciones de la carne, con visiones lúbricas primero, y después haciendo tomar forma de mujer hermosa á uno de los espíritus infernales para incitarle al pecado de la lujuria.

De todas estas tentaciones salió victorioso San Julián con la gracia de Dios, que, después de haberle dado una santa vida llena de virtudes, de ejemplos y de méritos, quiso purificarle aún más con una enfermedad

sumamente grave y penosa, que conoció Julián había de ser la última, y en la que nuestro Santo se vio consolado con celestiales apariciones.

Pero antes hizo testamento, dejando renta fija para los niños expósitos, á fin de dar todos los días pan á los pobres á la puerta de la casa episcopal, y para dotar cierto número de doncellas pobres; disposiciones todas que se respetaron y guardaron religiosamente después de su muerte. A los niños expósitos los vistieron de azul, poniéndoles por distintivo una cesta bordada en el pecho; el pan que diariamente se repartía á los pobres, le distinguieron con el nombre de *El panecillo de San Julián*, y á las doncellas pobres que se casaban, se les entregaba el dote en la iglesia catedral el día de *San Julián*.

Mandó después que cuanto había en la casa se distribuyera entre los pobres, reservando sólo las vestiduras pontificales para recibir más dignamente al Señor. Colocado en el suelo, en un lecho de ceniza y por cabecera una piedra, vio acercarse su última hora; mandó disponer un altar en su estancia con una imagen de la Virgen del Socorro, y recibió los Santos Sacramentos, vestido de pontifical, de rodillas, sostenido por Lesmes. Recibido el Santo Viático, se despojó de los ornamentos de su dignidad, y, vestido de un áspero cilicio, se tendió sobre la ceniza; y, cuando ya había entrado en la agonía, vio en éxtasis venir hacia sí una hermosísima doncella, de blanca vestidura, y despidiendo de sí torrentes de luz, coronada de rosas, y acompañada de multitud de vírgenes, que cantaban con dulcísima armonía este verso del *Eclesiástico: Veis aquí al gran sacerdote, que en sus días agradó al Señor*.

Dióle milagrosas fuerzas la visita celestial; hincóse de rodillas, rindió mil gracias á la Madre de su Dios por

aquel inestimable favor, y, alargándole una palma la benignísima Señora, le dijo: *Toma, siervo de Dios, esta palma, en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* Desapareció la visión, y poco después se fue también tras ella la purísima alma de nuestro Santo, desprendida de su cuerpo, el domingo 28 de Enero, del año 1208, á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que expiró vieron, cuantos se hallaron presentes, que salió de su boca un hermoso ramo de palma más blanco que la nieve, el que se fue elevando por el aire hasta esconderse en los Cielos, los cuales se rasgaron á vista de todos, y se oyó, una música celestial.

A una concepción verdaderamente milagrosa, á un nacimiento acompañado de prodigios, á una vida llena de milagros, y á una muerte tan colmada de portentos se siguieron tantos después de ella, que la devoción de los pueblos comenzó á aclamarle Santo. Su cuerpo fue colocado sobre el altar de Santa Águeda, donde se le rindió culto. Trescientos diez años estuvo depositado en este altar, hasta que en el de 1518, siendo pontífice León X y reinando en España Carlos V, fue solemnísimamente trasladado al que hoy ocupa en una de las capillas de la catedral. **Cuando se abrió la urna, se halló tan entero y tan sin corrupción como si acabase de expirar, y las vestiduras tan bien conservadas como si acabasen de ponerse.** Esta solemne traslación es la que celebra hoy toda la Iglesia de España. Y el día 5 de Septiembre solemniza la santa iglesia de Cuenca la fiesta principal de su excelso y gran patrono San Julián.

SAN VALERIO, OBISPO DE ZARAGOZA

Durante la reconquista, perecieron muchos archivos y documentos particulares en repetidos incendios que produjo la guerra de los siete siglos, y Zaragoza (Caesar-augusta) fue una de las ciudades que sufrió más;

por lo que se ignora absolutamente la serie de sus prelados hasta San Valerio ó Valero, siendo éste el primer obispo de quien con seguridad se puede hablar, aunque con el dolor de sernos desconocidas las particularidades de su preciosa vida, hasta que, junto con San Vicente, fue preso en tiempo de la persecución de Diocleciano y Maximiano. No obstante, de las actas de este invicto mártir de Jesucristo, de lo que escribió el famoso cesaraugustano Prudencio, y de otras memorias auténticas, se deduce lo siguiente:

Antes de la mitad del siglo tercero nació San Valerio en Aragón, y probablemente en Zaragoza. Se ignoran los nombres de sus padres; pero se sabe por Prudencio que eran piadosos cristianos y nobilísimos, de la casa ilustre y consular de los Valerios, una de las familias más esclarecidas que tenía entonces *Zaragoza*. Se crió con la educación correspondiente á su ilustre nacimiento. Estudió con gran aprovechamiento las letras sagradas y humanas, y su vocación le llevó á abrazar el estado eclesiástico, renunciando por conservar su pureza á la vida del siglo, que tantos atractivos ofrecía á los que, como Valerio, reunían las cualidades de nobleza y de riquezas agregadas á la edad juvenil,

No existen tampoco datos precisos acerca de la vida de nuestro Santo durante el tiempo que medió entre su ordenación de diácono y su elevación á la dignidad episcopal; pero puede con fundamento colegirse que debió ser sobresaliente en virtud y en ciencia, porque estas dos excepcionales dotes se requerían en aquellos tiempos de incesante persecución, en que los prelados tenían que dar ejemplo constante de ciencia, de fe y de heroísmo cristiano ante las crueldades del paganismo. Se puede suponer cómo serviría á la Iglesia y al pueblo quien, por aclamación de todos, fue puesto en la silla episcopal de Zaragoza. Fue su consagración hacia el año

290.

Comenzó á derramar luces de ciencia divina y á esparcir por todas partes los efectos de su celestial bondad, atendiendo como padre común y vigilantísimo maestro de todos los desvalidos, y celoso atalaya de los que habían de consagrarse al altar. Su tacto para elegir personas que habían de ayudarle en las tareas del episcopado se revela en la designación del diácono San Vicente, cuya *Vida* hemos puesto en el 22 de este mismo mes, para que dirigiera en su nombre la divina palabra y ejerciera los demás cargos, como coadjutor del prelado.

Trece años gobernó San Valerio dicha sede, siendo modelo de humildad profundísima, de celo incansable y de ardiente caridad.

Ningún obispo de aquellos difíciles tiempos podía olvidar que eran emperadores romanos los crueles Diocleciano y Maximiano. Debían, por lo tanto, conferenciar entre sí los obispos y asegurar los medios más conducentes para sostener el pueblo en la firmeza de fe que había profesado, sin que bastasen tormentos ni promesas para contrastarla. A este fin se juntó hacia el año 300 un concilio, que fue el primero en España, en la ciudad de Eliberi, hoy Granada, á que asistió San Valerio y firmó en sexto lugar, lo que demuestra que era en el episcopado más antiguo que el famoso obispo de Córdoba, Osio, que firmó el undécimo. En él se establecieron cánones muy oportunos para combatir la idolatría, y robustecer y dar ánimo á los que habían recibido el bautismo.

Vuelto á Zaragoza á continuar los desvelos de su cargo pastoral, se ejercitaba en ellos con su diácono Vicente, exhortando á los remisos, aterrando á los soberbios, fortaleciendo á los flacos y haciéndose todo

para todos, á fin de ganarlos á todos para el Señor.

Llegó en este tiempo á Zaragoza el presidente Daciano, á quien, en el año anterior de 303, habían enviado á España Diocleciano y Maximiano por ejecutor de la horrible y sangrienta persecución que habían movido contra el Nombre de Cristo. Informado de que el obispo Valerio y su diácono Vicente eran las cabezas y los caudillos que sostenían la religión del Crucificado, predicando incesantemente la verdadera doctrina del Evangelio, y contra la supersticiosa y vana adoración de los ídolos, pensó con astucia infernal que, destruido el principio, podría más fácilmente derribar y deshacer cuanto por él se sostenía. Mandó inmediatamente que prendiesen á los dos santos y los trajesen para ser juzgados á su presencia.

Puestos en la presencia de Daciano, confesaron con valor que adoraban á Jesucristo, á quien reconocían por verdadero Dios, y abominaron los torpes ídolos que la ciega gentilidad adoraba. No quiso el cruel ministro castigar allí mismo aquella cristiana libertad, y mandó que los cargasen de hierro y los llevasen á Valencia. No contento con esto, encargó que los maltratasen en el camino, escaseándoles el sustento necesario para la vida, y que los pusiesen bien asegurados en el calabozo más hediondo. Los soldados del presidente ejecutaron su orden, y, cargando á los dos santos de pesadas cadenas de hierro, los llevaron con la mayor inhumanidad, añadiendo á la vejez y debilidad de San Valerio, y al cansancio y tormentos de las prisiones, los denuestos y mortificaciones que su furia les dictaba. A los tormentos del camino se siguieron los de la cárcel, en donde estuvieron mucho tiempo cargados de prisiones y con la misma escasez de comida que el presidente había determinado.

Habiendo éste ido á Valencia, creyó que, enflaquecidos y extenuados los cuerpos de los santos varones, habrían también descaecido las fuerzas de su espíritu. Manda, pues, que saquen á Valerio y á Vicente de la cárcel y los traigan á su presencia.

Esperaba el juez injusto ver delante de sí dos hombres pálidos y consumidos, y con todas las señales que anuncian una cercana muerte. Pero se quedó admirado cuando vio que estaban más fuertes y vigorosos que cuando en Zaragoza los había visto, y vuelto á sus ministros, ciego de cólera y furor, les dijo: *¿Cómo habéis tenido osadía para regalar á estos reos con abundante comida y bebida, contra lo que yo he mandado? Y con tono más templado dijo á San Valerio: ¿Qué es lo que haces, Valerio? ¿En qué piensas? ¿Juzgas que es suficiente pretexto para desobedecer á los príncipes el apoyo de la vana religión de que te precias? ¿Ignoras que los que niegan la obediencia á sus decretos tienen en gran peligro su vida?* Después se dirigió á Vicente, con el mismo fin de retraerle de su fe.

Oído el capcioso razonamiento del inicuo Daciano, respondió el santo obispo que estaban prontos á derramar con gusto su sangre en defensa de la santa religión que profesaban; que abominaban de todo su corazón los dioses de los gentiles, y que los decretos de los emperadores no se debían obedecer, cuando expresamente eran contrarios á lo que manda Jesucristo. Como San Valerio daba esta respuesta con algún trabajo por el impedimento de su lengua, y el juez instaba con nuevas réplicas y reconvenciones, pidió San Vicente licencia á su obispo para hablar y dar satisfacción á Daciano. Concediósele el Santo, diciendo: *Tiempo ha, hijo mío muy amado, que con suma satisfacción y consuelo de mi alma te encargué el santo ministerio de la divina palabra para que instruyeras á los fieles: de la misma*

*manera te encargo ahora que respondas en defensa de la fe, por cuya causa nos hallamos en este tribunal. Entonces San Vicente habló al juez con tanta libertad y constancia, y con tal desprecio de los dioses y de los tormentos, que, encendido en rabiosa cólera Daciano, dirigió sus miras á hacer en San Vicente ejemplar escarmiento; y, lleno de enojo, dijo: **Quitad de mi presencia á este obispo, el cual sea al punto desterrado por haber despreciado los imperiales edictos.***

No fue piedad lo que movió al juez á dejar con vida á San Valerio, sino el deseo de que fuese su tormento mayor, siendo más duradero y prolongado. Le veía en los años más trabajosos de una vejez achacosa, y hecha más pesada con los ayunos, penitencias, vigiliias y atención continua á los oficios de su cargo, y pensó que esto mismo, junto con el destierro, le sería bastante para morir.

Púsose en ejecución la sentencia; y al separarse los dos santos, uno para ser llevado al ecúleo y el otro al destierro, fueron tantas las lágrimas de San Valerio, que conocieron los crueles ministros cuánto envidiaba la suerte de Vicente. Saludáronse amorosísimamente los dos soldados de Jesucristo; dijéronse palabras de grande edificación y ternura, y, confortándose mutuamente en sus trabajosos destinos, se dieron el último adiós, despidiéndose en este mundo hasta la Patria Celestial.

San Valerio fue llevado á cumplir su destierro á un lugarcillo infeliz, llamado Enet, distante una legua de Barbastro, en la ribera del río Cinca. Allí pasó once años ejercitándose en ayunos, penitencias, lectura de los libros sagrados y meditación continua de las divinas grandezas. Llegó á su noticia el triunfo que su arcediano Vicente había alcanzado en Valencia, muriendo en la confesión de la fe, y pedía á Dios que fuese servido de

darle facultades para edificar una iglesia en honor del santo mártir, y, oyendo tan justas súplicas, le concedió este consuelo. En medio de las calamidades de un destierro, hubo piedad y valor en los fieles para proporcionar al santo prelado los caudales que para una obra costosa y ruidosa al mismo tiempo eran esenciales y necesarios. Sintió que estaba muy cercano el cumplimiento de sus esperanzas; y, habiéndose preparado con todo el fervor de su ardentísima caridad, dejó al mundo para vivir eternamente, gozando el premio de sus trabajos y heroicas virtudes en el Cielo.

Sucedió su dichosa muerte en el año del Señor 315. Su cuerpo fue sepultado por los cristianos en el castillo de Estrada, en donde estuvo con gran veneración. Con la venida de los sarracenos y la destrucción del castillo de Estrada se perdió la memoria de las preciosas reliquias, hasta que en el año de 1050 se dignó Dios revelar el lugar donde reposaban al devoto Arnulfo, obispo de Roda, quien trasladó el cuerpo del santo á su silla, colocándole en la iglesia de San Vicente. Poco después de la conquista de Zaragoza, sucedida en Diciembre de 1118, obtuvieron su obispo y cabildo del obispo de Ribagorza, Raimundo, que había venido á felicitarlos, la gracia de que les diese un brazo entero de su santo prelado. Hízose la traslación con pompa y aparato, y manifestó el pueblo grande alegría; y el Señor, en presencia de la santa reliquia, quiso que saliese el demonio del cuerpo de un infeliz energúmeno, á quien atormentaba con horrorosos dolores y contorsiones. En el año de 1170 vino el rey D. Alonso II á celebrar la fiesta del nacimiento de Cristo á la iglesia de San Vicente de Roda, y suplicó á su obispo D. Gruillén Pérez, y al Capítulo, que le hiciesen merced de darle la cabeza de San Valerio. Concedido, se trasladó á Zaragoza, donde se venera con suma devoción en la iglesia de La Seo. Otras muchas iglesias se honran con alguna reliquia de

este santo prelado, especialmente Castelnou, lugar perteneciente al ducado de Híjar, al cual manifestó una particular protección cuando vivo, y mucho más después que reina con Dios en los Cielos.

La Misa es en honor de San Julián, y la oración es la que signe:

Suplicámoste, Señor, que excites en tu pueblo aquel espíritu de caridad de que llenaste á tu confesor y pontífice San Julián, para que caminemos á Ti, imitando los ejemplos de aquel cuya fiesta celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 20, vers. 17 al 85, de los Hechos de los Apóstoles.

En aquellos días: Pablo, desde Mileto, envió á Efeso á llamar á los ancianos ó *prelados* de la Iglesia. Luego que vinieron, y estando juntos, les dijo: Velad sobre vosotros y sobre toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha instituido obispos para apacentar o *gobernar* la Iglesia de Dios que ha ganado Jesucristo con su propia sangre. Y ahora os encomiendo á Dios y á la palabra ó *promesa* de su gracia, á Aquel que puede acabar el edificio *de vuestra salud* y haceros participar de *su* herencia con todos los santos. Yo no he codiciado *ní recibido* de nadie plata, ni oro, ni vestido, como vosotros mismos lo sabéis; porque cuanto ha sido necesario para mí y para mis compañeros, todo me lo han suministrado estas manos *con su trabajo*. Yo os he hecho ver en toda mi conducta que trabajando de esta suerte es como se debe sobrellevar á los flacos, y tener presentes las palabras del Señor Jesús, cuando dijo: Mucho mayor dicha es el dar que el recibir.

REFLEXIONES

Testigos sois del modo con que me porté con vosotros sirviendo á Dios con toda humildad. Esta fue la virtud de San Pablo, y ésta fue también, por decirlo así, la virtud de Cristo. La humildad es el cimiento de toda virtud y el título primordial para tener derecho á la eterna bienaventuranza. Con ella se puede aspirar á su dichosa posesión, y sin ella es vana toda pretensión de conseguirla jamás. La soberbia precipitó de la Corte Celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la volvió á poblar de tantos espíritus verdaderamente humildes. No hay virtud que esté más á mano para todos; nadie hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento y las dignidades en sí mismas tienen algún precio, pero no le comunican: el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre más perfecto es el que tiene menos faltas: el más grande es el más humilde, porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazón y poco espíritu. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma santidad ofrecen grandes materiales al ejercicio de esta virtud.

Ninguno hay que no pueda y no deba humillarse: el grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su oscuridad y abatimiento. Si Dios hubiera hecho dependiente vuestra salvación de otra virtud, muchos quizá se considerarían excluidos de su Reino, pero ninguno se puede excusar de ser humilde. No hay cosa más fácil que el ser santos, cuando el ser humildes nos es tan natural. Pero no se trata ahora de la humildad especulativa, que consiste sólo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos: este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los necios pueden dejar de tenerle. Hablase de la humildad

cristiana, que es la humildad del corazón. Esta, no sólo abre los ojos del conocimiento propio; no sólo enseña el bajo concepto que cada cual debe tener de sí mismo, sino que se alegra de que los demás tengan de él también el mismo bajo concepto. Bien puede uno estar humillado sin ser humilde; para ser humilde es menester complacerse en la humillación, y éste es el fundamento del edificio cristiano.

El Evangelio es del cap. 6, vera. 19 al 38, de San Mateo,

En aquel tiempo Jesucristo dijo á sus discípulos: No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el Cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierran y roben. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu Corazón. Antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuere sencillo *ó estuviere limpio*, todo tu cuerpo estará iluminado. Mas si tienes malicioso o *malo* tu ojo, todo tu cuerpo estará obscurecido. Que si lo que debe ser luz en ti es tinieblas, las mismas tinieblas ¿cuán grandes serán? Ninguno puede servir á dos señores: porque *ó* tendrá aversión al uno y amor al otro, *ó*, si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir á Dios y á las riquezas. En razón de esto os digo: No os acongojéis por el cuidado de hallar con qué comer para sustentar vuestra vida, *ó* de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¡Qué! ¿No vale más la vida *ó el alma* que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del Cielo cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre Celestial las alimenta. Pues ¿no valéis vosotros mucho más, sin comparación, que ellas? Y ¿quién de vosotros, á fuerza de discursos, puede añadir un codo á su estatura? Y acerca

del vestido, ¿á qué fin habéis de inquietaros? Contemplad los lirios del campo cómo crecen *y florecen*: ellos no labran, ni tampoco hilan. Sin embargo, yo os digo que ni Salomón, en medio de toda su gloria, se vistió *con tanto primor* como uno de estos lirios. Pues si una hierba del campo, que hoy es *ó florece*, y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? Así, que no vayáis diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos qué comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos? Como hacen los paganos, los cuales andan ansiosos tras de todas estas cosas; pues bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis. Así, que buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.

MEDITACIÓN

De la caridad con los pobres.

PUNTO PEIMEÉO.—Considera qué la caridad ó la misericordia con los pobres es la tierna compasión del alma á Vista de las miserias y de las necesidades ajenas con vivó deseo de remediarlas. Un corazón duro es señal de alma insensible y maligna. La compasión es una virtud connatural al hombre: hasta entre bárbaros apenas hay uno que pueda mirar á sangre fría las lágrimas y el desconsuelo de los demás. Ninguna cosa hace á los hombres más semejantes á las fieras que la crueldad, y ninguna es más propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella un mandamiento suyo muy particular, y queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones ó precisos títulos por los cuales nos había de conferir el Reino de los Cielos. Quiere que la caridad que Dios tiene con los hombres sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros

debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre Celestial.* ¡A cuánta bondad, á cuánta compasión y liberalidad nos obliga este precepto! Pero, en medio de eso, ¿cuáles son sus efectos?

En vano nos dice el Salvador que El mismo es el que nos pide limosna, que á El mismo se la damos. ¿Créese, por ventura, que se da al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿Créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos donde todo le falta? ¿Créese que es el que desfallece en los hospitales, el que se muere de hambre y de miseria en las casas particulares, mientras tú nadas en la abundancia, y los excesos te acortan los días de la vida? ¿Juzgas que fue casual ó hijo de la industria el que los bienes se hayan acumulado en tu casa? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á éstos que puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te atiendas el primero, mas con la precisa condición de que has de atender también á las necesidades de los pobres. No los olvidó en la distribución y economía de su providencia. Te dio Dios esos bienes con la carga de cuidar de los infelices. Pero ¿se cumple hoy con esta obligación indispensable? ¡Oh Dios, cuántos se condenan por no haber socorrido á los pobres!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la misericordia con los pobres, no sólo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, sino fuente inagotable de las prosperidades de ésta. ¡Cosa extraña! Cada día se están arrumando las casas consumiéndose las más floridas rentas, y haciéndose los más superfluos gastos por el deseo de sobresalir y distinguirse. Cómprase un poco de polvo que se echa á los ojos de las gentes, y un relámpago fugaz que se desvanece en el instante; se hacen grandes

gastos para dar al mundo escenas teatrales que deslumbran, que engañan y que divierten por algún tiempo; y, al fin, ordinariamente, se terminan en confusión, en desprecio y en mucha burla del mismo que las dio. Por el contrario, ¿cuánto honor haría á todos los hombres ricos una liberalidad verdaderamente cristiana? ¿Qué acción más noble que sacar de la miseria y arrancar como de los brazos de la muerte á un número sin número de infelices? Y aun, según el gusto del mundo, ¿qué obra más heroica ni más magnífica que ser por tu liberalidad como glorioso redentor de muchas familias honradas, á quienes una secreta, muda y vergonzosa miseria iba á precipitar en la desesperación, y tú las restituiste á la salvación y á la vida? ¿No es más glorioso dar el pan á Jesucristo en la persona de los pobres, que mantener una docena de holgazanes, solícitos en vivir á costa ajena para ser más disolutos?

Atribuyese la inconstancia de las prosperidades á mil accidentes, á mil acasos que ciertamente no tuvieron parte en ella. La causa más frecuente de esos trastornos, de esas revoluciones de fortuna, es la dureza de los ricos con los pobres. Se niegan á Dios los intereses, y así no hay que extrañar que permita la pérdida del capital. No le das el fruto, y te quita la heredad. Si se cierra el canal por donde ha de correr el agua, ¿qué mucho que se derrame por otra parte? ¿Quieres que las rentas y las posesiones sean por largos siglos hereditarias en tu familia? ¿Quieres que pase la abundancia á una dilatada serie de descendientes tuyos? Pues sé rico en misericordias, sé generoso y magnífico, sé pródigo en limosnas. El mayor título para las prosperidades es la subsistencia de los pobres; el bien que se hace á ellos, interesa al mismo Dios; todo cuanto se les da, se pone á lucro. No esperes que tu habilidad ni tus precauciones hayan de asegurar á tus hijos ó herederos tu rica hacienda; más virtud y más fuerza tiene la limosna que

todas las escrituras ni todos los contratos. ¿Donde hay gloria más brillante ni más sólida que la que produce la misericordia con los desgraciados? Pon los ojos en San Julián. Su caridad le despojó de todos sus bienes, hasta de los precisos para sustentarse. Pero ¡qué gloria y qué consuelo el de este gran Santo por haber sacrificado cuanto tenía en alivio de los pobres!

¿Cuándo ha de llegar el tiempo, ¡oh divino Salvador mío!, en que vuestro ejemplo me inspire esta misericordia para con todos los menesterosos? Mucha necesidad tengo de vuestra gracia; y así os la pido, Señor, y con ella aquellas entrañas de misericordia con los infelices, que son manantial inagotable de todos los bienes.

JACULATORIAS

Bienaventurado el que se compadece del pobre y del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él y le librárá en el día de su mayor tribulación.—Ps. 40, 1.

Alarga tu mano al pobre, para que tu caridad sirva de sacrificio de propiciación por tus pecados, y para que el Señor eche la bendición sobre tus bienes.—Eccl., 7.

PROPÓSITOS

1. Acuérdate de que no te hizo Dios rico para ti solo; te dio los bienes que posees para ti y para los pobres. Siendo Padre de todos, ¿á qué fin te había de conceder á ti tantas cosas superfluas, dejando á tantos otros sin las necesarias? No los ama menos que á ti, ni tú le costaste menos que ellos; luego, de su pura liberalidad recibiste todas esas posesiones. *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieses recibido?*, dice el Apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron á título oneroso, esto es, para

el sustento de los pobres. Quiere Dios que goces de tus bienes, pero quiere también que los pobres tengan parte en ellos. No olvides, pues, esta obligación de una caridad indispensable, y desde hoy mismo imponte la ley de que no se te pase día sin hacer alguna limosna á proporción de tus haberes. Aunque pagases á Dios el diezmo de tus bienes, no harías demasiado, pues al fin es el primer Señor y el Soberano dueño de todo. ¡Escandalosa injusticia, dureza impía! ¡Cuánto se gasta en mantener lucidos los perros y los caballos, dejando perecer miserablemente de hambre muchas familias! Haz reflexiones á lo que en un solo día gastas en el juego y consumes en tus diversiones, considerando que eso sólo bastaría para sacar de la miseria á gran número de infelices, que acaso lo sean por tu culpa.

2. No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes, aunque lo hicieron muchos santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á otro; heroísmo de caridad que todos admiramos en San Paulino, y que solicitó después imitar Santo Domingo. Te pide que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales; que socorras á los vergonzantes; que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos, y solicitando su libertad con tus buenos oficios, en cuanto lo permita la justicia. No te empobrecerán estas obras de misericordia, antes bien enriquecerán no sólo á los pobres, sino á tus mismos herederos. En fin, redime tus pecados con la limosna. Si tienes tres hijos, dice San Agustín, haz cuenta que tienes cuatro, contando á Jesucristo por uno de ellos, y vístele en la persona de un pobre.